

L ■ Editorial ■ a Ciudad Ideal y el Sentido de lo Estético

No resulta demasiado extraño y por ello mismo bastante interesante, y no tan esencial como debería ser, el hecho absolutamente contundente que hace relación a la reflexión sobre la ciudad y ella misma en relación con el arte, con lo estético. Tratar de la ciudad, o sea la ciudad como tema (Pensar la ciudad, dicen otros), se halla inscrito sobre una necesidad o un deseo, sobre una ciudad real o una ciudad ideal, y de la misma manera, sobre el arte, y ya un arte en, como lo hemos dicho, sostenido y concentrado en la ciudad. Tenemos que se demanda un arte en la ciudad, un ciudadano esteta y sensible (simbolismo sensible), que sea consciente de la misma y de sus interrelaciones, que realice intervenciones, que desarrolle búsqueda de las huellas que hace, que se revele momentos de la ciudad desconocidos y misteriosos, que se traslade por las vías más reales y las más irreales, que efectúe travesías por la ciudad del sueño y por las ciudad del cuerpo. La ciudad se ha hecho entonces elemento esencial de reflexión, al hilo de hacer que el ciudadano la aborde, se la apropie, la invente, la domine y desde allí, sea el constructor de la ciudad y de él mismo. Ciudad mediada y externalizada por simbiosis con la realidad y ciudad conocida y poseída por ósmosis.

Tendencia pues a reflexionar la ciudad, que hace también que se intente desde el orden estético, provocar una intervención en ella y una intermediación con el ciudadano que es quien la forma y la hace real; de allí la intervención de la misma, con esculturas, con instalaciones, o sea, huellas e historia que se hacen en el interior de la estructura de la ciudad. Tratado de una ciencia y de un método intuicional para revelar el secreto y el misterio de una calle, como se observa en los cuadros de G. de Chirico, o la ciudad en los de Gustavo Zalamea. Físicos en la observación de la ciudad, haciendo de lo poético un sistema de relaciones reales e imaginarias. Intencionalidad inconsciente para revelar la realidad. Y es que la ciudad no es real sino se ha viajado por ella, y es más: si no se ha viajado por uno mismo. Ciudades reales, humanas y también ciudades ideales y utópicas.

Todo esto lleva a decir que sí existe la ciudad, es porque existe en la misma dimensión, en la misma condición el ciudadano. Formar ciudad y formar ciudadanos, se hallan relacionados inextricablemente. De ese modo la intervención de la ciudad, halla sentido cuando el ciudadano sabe como acceder a la ciudad, es decir conoce los medios y es poseedor de las herramientas sensibles para hacerlo, porque de no ser así, tenemos que la instalación de una escultura en la ciudad, y eso por no hablar sino de ellas, no tendría la trascendencia que con ello, se quiere demostrar, lo que se quiere probar. Instalarle a la ciudad esculturas, no es hacerlo por hacerlo, sino que ello debe ser el resultado de una necesidad de lo estético y de una necesidad del ciudadano, no para llenar el vacío de la ciudad. Como ha ocurrido en numerosos casos.

Tal vez esa ciudad ideal, real es también aquella que, con solo ser Mirada es poseída. Y la mirada hace esculturas e instalaciones. Intervenciones sutiles que nada más las conocen y las saben los que se hallan comunicados por hilos conductores de sensaciones. Territorio y tierra del que no piensa sino que siente, esa es la ciudad. Intervención de la ciudad e In/mediación del ciudadano, ciudadano en el cual no ha sido borrado o tachado el elemento y el carácter de sujeto. Desde ahí la ciudad es el objeto y el ciudadano el sujeto, ocurriendo y realizándose una interacción de deseos y de esa materia real, que son los sueños.

Dicha intervención debe ser trascendental en la medida en que es el resultado de una formación de la ciudad, que el ciudadano necesita, no para observarla allí, sino para llevarla en él, para apropiársela; ya que, es evidente no se trata de teorizar sobre y de la ciudad, sino que cada movimiento del ciudadano en la ciudad, cada momento de su hacer, sean una tratado sobre la ciudad: él hace huella, hace memoria y hace historia secretamente. Todos los teóricos de la ciudad, quieren hacernos y forzarnos a Ver la ciudad y a sentirla y a percibirla, pero no lo que no saben es que la ciudad está ahí y los ciudadanos, y que ellos no tienen necesidad ni deseo para hablarla, es más, es que su ciudad es dramáticamente teatral, o sea inexistente sin ellos, sin el movimiento y el extatismo de sus máscaras y la distribución sensible de sus gestos. Esa relación con la ciudad no es racionalizada sino instintiva. Ciudad fascinante y fascinada, mezcla indestructible de rito y sacrificio.

Tal vez sabemos demasiado de la ciudad, de nosotros mismos, de lo que nos causa Olvido y Dolor, de la Muerte y del Caos (leyes del caos y leyes de la ciudad), y es sin duda, que esa conciencia, a la hora de la verdad, no resuelve las cosas. De ese mismo modo la ciudad, la real e irreal, la Ciudad de Armonía (Fourier) y la Ciudad Real, la que se halla constituida por la que conocemos (o sea, por donde viajamos) y la que se nos oculta, hacen crisis en todo momento. Y el ciudadano no sabe como sujetarla y como apropiársela, porque ella lo excede, ya que ha crecido de tal manera, que es irrealizable cualquier forma de intervenirla, de provocar incidentes en ella, de hendirla, de hundirse en ella, en su tumulto y su turbulencia.

Todo en esa dimensión queda sin conexión, sin coherencia en lo que llamamos el tejido de la ciudad. Aquí entonces, se forman microciudades, microsensibilidades, microestéticas -concebidas como el comienzo de la construcción y den la estructura de la totalidad deseada y deseable- y esa sea quizá el destino de la ciudad, o sea, hallarse construida en comunidades que resuelven de manera más inmediata, más próxima sus necesidades. Ciudad y comunidad harán más factible la revelación crítica de lo estético y por ello mismo, de lo ético. Tal y como lo sostiene Alasdair MacIntyre: Lo que permanece todavía vital es la política de construir y sostener comunidades de pequeña escala, a nivel de la familia, de la vecindad, del puesto de trabajo, de la parroquia, de la escuela o la clínica: de las comunidades al interior de las cuales se encuentran todavía las necesidades primarias” ⁽¹⁾. La ciudad ya no es la totalidad sino el fragmento. La ciudad como pliegue.

También es necesario indicar, en ese mismo orden, como esa intervención e intermediación de la ciudad y del ciudadano lleva a que se inmovilice el exterminio del ciudadano y se dé la total y absoluta extinción de la ciudad. Por ese camino introduciríamos una nueva ciudad, la Ciudad-Desierto. Ya no habrá forma de intervenirla, la construcción ha quedado en el vacío, lo simbólico es lo irreal, y la comunicación, la transmisión yacen en la muerte. Es el momento en el cual, el saber la ciudad, se da en la medida en que existe un saber de la Casa. Con ello queremos decir, que sin la estructura ideal, real y sublime de la Casa no habrá Ciudad. El movimiento revolucionario y transformador llamado Futurismo, bien lo intuyó hacia 1914, cuando hicieron coincidir la casa y la ciudad: “La casa y la ciudad material y espiritualmente nuestras” ⁽²⁾. O sea, la casa es el territorio inicial de la ciudad, ella es la que crea el saber y la ciudad es la que lo recibe. Diremos también, que es necesario hacer en la casa instalaciones, intervenciones, in/mediaciones y concebir vías e hilos de transmisión y comunicación que llevaremos a la ciudad. Y esa ciudad será entonces la casa y la casa la ciudad. Ornamento de la casa e Instalación en la ciudad. De allí, entonces la ciudad ideal es un ensayo. Irreductible a la relación intensa de la revelación del orden estético, que en cada instante esta siendo hecho. Instalamos pues, en la ciudad y en la casa, un hacer, lo que llamaríamos una Obra. De la cual, queda una huella y una memoria. Tenemos que ser los constructores de la ciudad.

1. Borradori, Giovanna. Conversaciones Filosóficas. Santa Fé de Bogotá, Norma, 1996.
2. Marinetti, F. Tomasso. Manifiestos y textos futuristas; Barcelona, Ediciones del Cotal, 1978.

OSCAR JAIRO GONZÁLEZ HERNÁNDEZ
Director Proyectos Especiales
Departamento de Humanidades